

su hacienda y su ejército, inventaba condecoraciones, hacia limosnas, todo era inútil, su trono se desmoronaba.

Solo logró acuñar moneda con su busto, aprovechando la ausencia de su ministro Ramirez, que constantemente se habia opuesto á esa medida: mientras acompañaba á la princesa Carlota en su viaje á Yucatan, Maximiliano logró ver los pesos nuevamente acuñados con las armas del imperio en el reverso y su perfil en el anverso.

Satisfacción pueril que le costó muy cara, porque el pueblo mexicano, con su admirable penetración, habia sorprendido que en la efígie acuñada del soberano se veía un *doble efecto* muy palpable cubriendo el rostro y dejando libre la barba sola.

¡Cuánta humillación, cuánto insulto se aglomeraba sobre la cabeza tan noble de ese desgraciado príncipe, que solo era culpable de haber cometido un error aceptando una corona exótica y usurpando el poder de una nación extranjera, engañado por la política francesa!

Hoy que ya satisfizo la falta virtiendo con tanto valor su sangre, es preciso confesar que ese hombre amaba á México mas que muchos mexicanos, para mengua de ellos.

Como jamás mendigué un favor del imperio, como al joven príncipe solo lo conocí y traté cuando estaba en la prisión que debia servirle de capilla, tengo y debo tener el valor de hacer estas confesiones. Lo admiro siempre que lo recuerdo, aunque le niego tenazmente el derecho de venir á sentarse á un trono en mi patria.

Pero estoy divagando.

El año de 1865 tocaba á su último tercio y la situación no mejoraba.

Los franceses habian dilatado su zona de operaciones de

una manera admirable, estendiéndose en la circunferencia hasta nuestros Estados fronterizos, obligando al presidente Juarez á abandonar á Chihuahua.

Pero habian debilitado el centro, y la insurrección cada día era mas poderosa: era todo el país, menos la línea de tránsito, por donde estaba tendido el cuerpo expedicionario, cuya línea sufría con frecuencia espantosas interrupciones.

Desde Sinaloa, adonde Corona hacia una guerra sin cuartel, hasta las goteras de la capital; desde la frontera del Norte, adonde pululaban las fuerzas liberales, hasta el Sur, adonde no podian penetrar los extranjeros, teniendo que desamparar á Acapulco; y por último, desde Tamaulipas y Nuevo-Leon hasta Colima, y la tierra caliente de Veracruz y Michoacan, todo estaba invadido.

El 5 de Agosto de 1865 salió el presidente de la República, de Chihuahua: solo dos ministros lo acompañaban, porque eran los únicos que le quedaban.

Lerdo de Tejada tenia á su cargo la cartera de relaciones y gobernación; Don José María Iglesias la de justicia y hacienda.

Me detendré por un momento en delinear esas dos figuras clásicas de nuestra historia.

Siento que ambos estén en el poder, porque se podia creer que los adulaba; pero todos aquellos de mis lectores que me favorezcan recordando que en la tribuna de la cámara y en la prensa he atacado casi todos los actos de su actual administración, comprenderán que habiendo roto con el presente, solo me ocupo del pasado, y en ello tengo la absoluta imparcialidad de quien ni teme, ni espera.

Siempre he envidiado tener, mas que el estilo de fuego de Plutarco, la tranquila justificación de Tucídides: y preferiria haber escrito la "Guerra del Peloponeso" mas bien que los "Hombres ilustres."

En fin, si adulo, adularé con la verdad.

Lerdo es el primer político de nuestros tiempos. Pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, blanco, y algo grueso, hay en toda su figura algo simpático que atrae, y que recuerda la fascinación que ejerce la víbora de la India; pero es la atracción del afecto. En su rostro irregular, redondo en su mitad izquierda y cuadrado en su mitad derecha, como si fueran dos medios rostros distintos pegados por su parte media; en su frente vastísima, en su cráneo cesáreo casi desnudo de pelo, en su nariz delgada y corva, en su boca móvil y siempre dilatada por la más mordente y cáustica de las sonrisas en toda su *facies*, hay las líneas características de una animación admirable: sus ojos, sobre todo, son dos centellas que penetran hasta los últimos pliegues del corazón humano.

Yo no conozco todavía al diplomático capaz de engañar á Lerdo: porque ese hombre tiene un sol por cerebro. Audaz, provisto de un valor y de una audacia admirables, poseyendo una lógica fría é inflexible como la hoja de una espada, es el hombre más apto para el papel que desempeña. Tan hábil es en el trabajo lento y reposado de un gabinete, como en medio de una cámara agitada por alguna tormenta parlamentaria; pero aquí es adonde debe verse á Lerdo. Profundamente razonador unas veces, y otras paradojal pero lleno de brillo y de imaginación, seduce á su auditorio, lo convence y lo arrastra hasta donde quiere.

Su mayor defecto es ser altamente escéptico: aun dudo si cree en algo. Cuando se le vea colocado en una situación definida y precisa puede asegurarse que lo llevó allí un silogismo, pero jamás una creencia ni un afecto.

Y sin embargo, en el corazón de ese hombre, siempre cerrado como un santuario hebreo, hay dos afectos eternos, siempre vivos y siempre puros: el amor á su patria y el afecto á sus amigos. La patria ha sido su querida, á la que halaga con todas las riquezas de su inteligencia y por la cual

lo ha sacrificado todo, hasta su buen nombre, reportando por ella el estigma del inflexible, del sanguinario, y del cruel. Lerdo habrá errado, pero lo ha hecho en bien de su país. En cuanto á sus amigos, son muy pocos, pero muy caros para él.

Don José María Iglesias es un tipo enteramente opuesto al anterior. De una talla mediana, excesivamente delgado, lento y acompasado en sus finísimas maneras, más bien parece el prepósito de un beaterio, que el ministro victorioso de una república revolucionaria y reformadora.

Su rostro delgado, encajado en el medio óvalo de una patilla negra entre cana y corta, está cubierto del color amarillo pálido de la cera vieja, y se contrae frecuentemente por un *tic* nervioso que produce una leve convulsión en su mejilla: su mirada apagada, como la de un cadáver, detrás de sus anteojos de patillas de oro, su boca de labios delgados y finos, nada revelan al observador. Pero sin embargo, Iglesias tiene una gran inteligencia, una erudición admirable y una memoria increíble: tranquilo, sereno como un *sorites*, tiene sin embargo un gran corazón: su patriotismo no tiene tacha.

Llegó la vez de que describa á Juárez.

Esa figura histórica es un mito para el que quiera hacer su semblanza.

Pequeño de cuerpo, cabeza redonda, frente chica y deprimida, pómulos salientes, mandíbulas cuadradas, boca grande y deformada por una leve cicatriz que divide perpendicularmente su labio superior, es el tipo perfecto del indio, el ejemplar más completo de la raza zapoteca, extinguida hoy casi completamente por la conquista.

En cuanto á su retrato moral, es imposible hacerlo, porque el actual presidente de la República es la encarnación de la esfinge.

Tenaz y constante como no se ha visto todavía otro hom-

bre público en la historia del mundo, sincero demócrata antes, pero que ha solido deleitarse en ejercer la dictadura sin retroceder hasta la tiranía, clemente algunas veces con los vencidos y otras inflexible para llevarlos al cadalso, encerrado siempre en la fórmula de la legalidad, impenetrable en sus intenciones, sin que jamás se le escape una espansion ni una confidencia, hé aquí los razgos visibles de Juarez: se entiende, descrito como hombre público, pues al hombre íntimo ni lo conozco ni me toca juzgarlo.

Juarez jamás dice lo que quiere, ni adonde va, ni lo que medita hacer: su secreto ha consistido en gastar á su lado á todas las notabilidades que han descollado en México, haciendo con habilidad que salieran de los ministerios que les confiaba llenos de desprestigio é incapaces de hacerle sombra en la candidatura presidencial.

Porque ese hombre, que indudablemente salvó al país, ese hombre, el primero en el mundo que ha salvado la independencia de su suelo triunfando con ella, ha cometido, sin embargo, el increíble error de enamorarse del puesto, esponiéndose á perder allí lo que habia ganado en celebridad y en el amor de sus conciudadanos.

Juarez debe comprender una cosa: que al edificio de su gloria le falta la cúpula. Si quiere concluir su carrera siendo un grande hombre, solo le queda un camino; retirarse al hogar doméstico como Washington y Johnson. Pero si insiste en continuar siendo lo que es hoy, se suicidará moralmente.

Solo un timbre nadie puede quitarle, haber mantenido flameando siempre en el viento la bandera de la república. Juarez es un héroe, que ocupará en la historia un lugar entre Hidalgo y Washington.

Hé aquí en pocas líneas los hombres de Paso del Norte.

En esta ciudad duró el gobierno durante tres meses, siguiendo en su residencia las eventualidades de la espedicion:

cuando el ejército invasor retrocedió un poco, Juarez volvió á Chihuahua, teniendo que tornar al Paso, adonde entró el dia 18 de Diciembre de 1865.

El 22 del mismo mes se encargó de la cartera de guerra, el general D. Ignacio Mejía.

Pero entre tanto el imperio hacia una estacion espantosa en su camino.

El 21 de Setiembre de 1865, el Estado Mayor general del cuerpo espedicionario, envió una nota al gabinete del emperador, participándole que el mariscal Bazaine habia recibido un telégrama de Brincourt, en el cual se decia que Juarez *habria* dejado el territorio mexicano, atravesando la frontera en el paso del Norte, y dirigiéndose á Santa Fé.

Nótese el tiempo en que pongo el verbo, y que lo tomo tal como lo contiene la nota oficial.

Y sin embargo, cuando la fuga de Juarez no se determinaba, cuando se anunciaba con un futuro contingente embozado capciosamente, esto bastó para que el imperio se diera los plácemes mas cumplidos.

En efecto, si hubiera desaparecido el gobierno del suelo de la República, la causa imperial habria ganado lo que le faltaba en legalidad.

El imperio y Francia veian en ello la sancion de todos sus actos, notoriamente irregulares y deformes mientras existiese el gobierno legítimo y constitucional de México.

El imperio creyó entónces que podia permitirse todo, y espidió el tristemente célebre decreto de 3 de Octubre de 1865.

En los considerandos de ese decreto, se tributaba un homenaje á la constancia y al valor de Juarez.

Y en la formulacion del decreto se condenaba á muerte á todos los que juntamente con Juarez habian defendido hasta entónces la autonomia de la nacion.

Aquí tengo de nuevo que rectificar á Kératry.

Maximiliano estaba preso en Querétaro y lo juzgaba un consejo de guerra. Entre los cargos que el fiscal hacía al archiduque, había el más terrible de todos, la expedición de ese decreto de sangre.

Para hacer su esculpación, los defensores sostuvieron que la ley draconiana de Octubre había sido una exigente inspiración del cuartel general francés, y que apesar de su promulgación, no se había puesto en vigor, sino que había servido tan solo para inspirar un *saludable terror* á los disidentes.

Kératry, el defensor de Bazaine ante el tribunal de la conciencia pública, no podía dejar que se lanzara por todos los ámbitos del globo la inculpación sin contestarla.

Y asienta, en su defensa, que Bazaine no tuvo participio alguno en aquella obra, que no la conoció sino cuando estaba ya redactada, y que el mariscal se limitó á pedir, cuando se le manifestó, que se le agregara la conminación contra los hacendados que se hicieran cómplices de los liberales, lo cual constituye el artículo 10 de dicho decreto.

Mas dice Kératry: que la minuta original del decreto está escrita de puño y letra del mismo Maximiliano; que este la meditó algun tiempo, y despues la sometió á la aprobación de su consejo. Y estraña que los ministros que han estado presentes en la sesión adonde se discutió ese decreto, y que escucharon por tanto la verdad de la boca del mismo emperador, no la hayan dicho muy alto en vindicación del desgraciado archiduque.

Pues bien, el elegante escritor se ha equivocado.

Ignoro si Bazaine tuvo ó no el triste mérito de haber concebido esa ley, aunque no sea más que el desarrollo de los principios que proclamó la intervención, desde el decreto de Forey erigiendo las cortes marciales, hasta las proclamas de Dupin, y las circulares reservadas que dirigia el cuartel general á los comandantes superiores franceses.

El tono con que hoy rechaza la voz oficial de la intervención la complicidad que se le atribuye en la formación de esa monstruosidad, indica que cuando compulsa á sangre fría el lujo de crueldad que iba á desplegarse, conoce que ese decreto de 3 de Octubre era anti-político y contraproducente, y que jamás debió darse.

¿Por qué no evitó, pues, esa promulgación, cuando es notorio que el *sic volo* de Bazaine era más poderoso en la administración imperial que la misma voluntad del soberano?

Pero lo que destruye sobre todo para mí la argumentación del historiador francés, es la evidencia que tengo de que está engañado cuando cree que la minuta del decreto está escrita de letra del emperador.

Sin duda Kératry no ha visto ese precioso documento: le diré, para que rectifique su aserto, que la letra de esa minuta no es de Maximiliano. Está escrita en un pliego grande de papel fiorete, doblado por su parte media: en el márgen derecho está el decreto primitivo, y en el izquierdo están escritas las modificaciones que se le hicieron: algunas adiciones ó reformas están escritas con lápiz rojo en unas hojas sueltas.

El principal argumento de Kératry, viene, pues, á tierra.

Sea lo que fuere, el decreto se dió á luz, y en realidad de verdad, poquísimo importa hoy conocer su origen primitivo. Promulgado, repartido por todos los ámbitos del país como un soplo de muerte, la responsabilidad es comun á cuantos lo sancionaron con su signatura.

Después de la firma de Maximiliano estaban la de Ramirez, ministro de Negocios Extranjeros; Luis Robles Pezuela, ministro de Fomento; Esteva, ministro de Gobernación; Peza, ministro de la Guerra; Escudero, ministro de Justicia; Siliceo, ministro de Instrucción Pública; y Francisco de P. César, sub-secretario de Hacienda.

Con la publicacion de ese decreto vinieron los infames asesinatos cometidos en Michoacan el 21 de Octubre, en las personas de los generales Arteaga y Salazar, los coroneles Diaz Paracho y Villagomez, y el presbítero Mina.

Todo fué irregular en aquella terrible ejecucion: se aplicó un decreto no conocido aún en aquellas localidades, violando el eterno principio de que las leyes no obligan ántes de su promulgacion. Esto es tanto mas estraño cuanto que ese decreto fué llamado, con una sangrienta ironía, el decreto de amnistía.

Pocos dias despues de publicado el decreto tantas veces mencionado, Maximiliano cambió su gabinete.

Esto es inesplicable.

Complicar á aquellos hombres en aquella declaracion de guerra contra el derecho de gentes, contra los principios de la inviolabilidad de la vida humana, de la civilizacion y de la humanidad, abrir entre ellos y la república un lago de ódios, manchar la frente de cada uno de ellos con un estigma de sangre, y separarlos despues de su lado, es un misterio que jamás se ha descifrado.

Entraron, en lugar de Ramirez, D. Martin Castillo, y D. Manuel Siliceo fué sustituido por Artigas.

III.

Terminó el año de 1865 y pasó el primer tercio de 66 sin que mejorara en nada la situacion del nuevo imperio.

El nuevo ministerio era tan impotente como el anterior para dar vida á aquel cadáver, galvanizado por un momento bajo el soplo de Napoleon.

Escepcional era en efecto la condicion en que se habia puesto Maximiliano: si continuaban los franceses en México apoyando el trono, no podia gobernar en el pleno goce de su soberanía: si se retiraba el cuerpo espedicionario, sucumbiria aplastado por la insurreccion del país.

Porque dos males incurables figuraban en primer término entre los muchos de que adolecia aquel cuerpo político.

El primero era la guerra interior, tenaz, implacable, reproduciéndose bajo mil formas distintas: ya espresada por la opinion pública en los escritos de la prensa pequeña y en los periódicos conservadores, que se habian hecho de oposicion desde la partida de Meglia, y por la resistencia que se notaba en todas las clases para ayudar al gobierno imperial: ya sostenida por las fuerzas liberales, que unas veces se organizaban en gruesas masas para amagar las ciudades fronterizas, y otras se dispersaban en guerrillas